

¡Hay que ver! El románico por tierras de Pecharrromán

Carlos Calvo Alonso

Yendo de Sacramenia a Pecharrromán, la atención al volante puede hacer que a uno le pase desapercibida la pequeña iglesia románica que aparece junto a la carretera, a medio camino y a la derecha, poco después de superar la bodega Finca Cárdba. Ambas, bodega e iglesia, están enclavadas en el Coto de Cárdba, que así se ha llamado siempre a los terrenos de los monjes benedictinos que rezaban en el sencillo edificio que hoy podemos visitar solicitando previamente llave y permiso a los amables propietarios de la bodega.



Ábside de Santa María de Cárdba

Pocos monjes, porque Santa María de Cárdba solía acoger solamente a un prior y a otro fraile de ayuda para atender la administración y mantenimiento de un priorato donado por Fernán González al monasterio de San Pedro de Arlanza allá por el año 937, fecha en la que ya existía la iglesia, quizás originada por uno de los abundantes eremitorios diseminados en la Alta Edad Media por las orillas del Duratón.

Priorato escaso en frailes, aunque los más de veinte colonos que lo trabajaban no fuesen pocos para la época en que, avanzado el siglo

X, se repoblaba la Extremadura Castellana. Aparquemos, pues el coche junto a un humilde y hermoso monumento que nos recuerda lo que eran estas tierras, apenas cruzado el Duero hacia el sur, en tiempos visigóticos y, después, en épocas de repoblación.

Ya el exterior del edificio marca dos estilos distintos en la construcción, pues deja ver dos partes de su paramento bien diferenciadas por el tamaño de los sillares. El aparejo del cuerpo central de la única nave de la iglesia y del muro oeste nos remite a una primera iglesia prerrománica de grandes sillares regulares, a la que corresponderían los restos de un arco cegado, casi seguro que de herradura; el ábside, adosado posteriormente, quizás a principios del siglo XIII, se construyó con bloques también regulares, aunque más pequeños, y se decoró en estilo románico rural con los elementos más vistosos de las fachadas.

Cuatro baquetones, adosados como contrafuertes, dividen la cabera en cinco cuerpos. Los tres centrales presentan ventanas en aspillera con arcos de medio punto, baquetones finos, sin columnas, y chambranas ajedrezadas. El mismo tipo de decoración lleva la parte baja de una imposta que circunda todo el ábside a la altura de la base de las ventanas. Coronan los baquetones capiteles adornados con esquemáticos motivos geométricos y vegetales. Sencillo es también el trabajo de los canecillos que sostienen la cornisa del ábside.

Por ello, aunque algunos expertos busquen relación en la talla de la cantería de Santa María de Cárdba con la iglesia parroquial de Pecharrromán, en la que trabajaron artífices

del Taller de Fuentidueña, otros opinan que aquí intervino un grupo de artistas locales mucho menos expertos y sofisticados. Sea como sea, a uno le gusta la sencillez y, antes de pasar al interior del templo, ya piensa que le ha merecido la pena la parada.

Y muy sencillo sigue siendo ese interior, con una nave de planta de salón bajo bóveda de cañón, continuada por un corto presbiterio y un ábside cubierto por bóveda de horno.

Santa María de Cárdaba, que es Bien de Interés Cultural desde 1996, está bien cuidada, saneada de humedades y restaurada con respeto por sus propietarios. Sentado durante el ratito que permite el frío, uno deja volar las sensaciones y le parece respirar en su reducido y armonioso espacio el aire de aquellos tiempos en los que nuestros antepasados repoblaban estas tierras con un ojo puesto en el arado y el otro en el horizonte, por si aparecían las mesnadas de Almanzor. Ahora que las cosas están más tranquilas, un templo en el que uno podría casarse de buen grado, si tuviera veintitantos años y novia de Pecharromás. Pero el viajero no cumple ni de lejos ninguna de esas dos condiciones y la tarde de enero hiela las fantasías; así que, de nuevo al volante, se acerca en libertad sentimental a contemplar el trabajo de los tallistas del famoso Taller de Fuentidueña en la iglesia de Pecharromás.

Le enseña el interior del templo la amable señora Rufina, custodia de su llave. Ahora que yo lo hemos visto, pensamos que quizás no habría merecido la pena molestarla, porque las sucesivas intervenciones a lo largo del tiempo lo han transformado mucho, y no para bien. Pero el románico que se conserva en el exterior es formidable.

Destaquemos, en primer lugar, la elegante puerta de entrada, resaltada en arimez sobre

el muro norte y coronada por cuatro arquivoltas, una de ellas decorada por una hilera de cabezas demoniacas y humanas. No han logrado ocultar el mérito del ábside los diversos elementos que se le han acoplado (especialmente inoportuno, el contrafuerte central que tapa una de las tres ventanas con arquivoltas que lo iluminaban). Todos los capiteles, tanto los del ábside como los de la puerta, están muy bien tallados con ornamentación vegetal, aves que se pican las patas, arpías...

Pero puestos a elegir, yo me quedaría con los canecillos de la cornisa de la cabecera del templo. Y entre ellos, la serie de expresivas cabezas que, en un alarde de expresividad, nos ofrecen las más variadas muecas grotescas.



Canecillos en la cabecera de la iglesia parroquial de Pecharromás

Quedémonos con la sencillez de Santa María de Cárdaba o con la maestría del Taller de Fuentidueña en San Andrés de Pecharromás, a elegir. O, ya puestos, intentemos buscar una mañana de miércoles para disfrutar de ambas muestras del románico de nuestras tierras y añadir a la expedición la iglesia cisterciense del Coto de San Bernardo, en Sacramenia, ya descrita en otro capítulo de esta misma sección (*¡Hay que ver!*).

